

ETICA DE LA PAZ

«Son excelentes los frutos de la paz o tranquilidad, y de la contraria discordia intolerables los males: por lo cual debemos desear la paz, buscarla si no la tenemos, encontrada guardarla, y con todo el empeño rechazar la contraria discordia»¹.

Este texto de un clásico nos sirve de pórtico para nuestro tema, pues expresa bien el universal deseo de paz. Tan universal es la aspiración a la paz que «los mismos amantes de la guerra —dirá S. Agustín— no desean más que vencer, y, por consiguiente, ansían llegar guerreando a una paz gloriosa»². Es decir, hasta los profesionales de las armas, los militares, parecen tener como razón de su existencia la protección de la paz y coinciden en el deseo de la misma: el militar es un hombre «que desea la paz con el mismo fervor que los más fervientes defensores de ella, con la matización de que están dispuestos a dar la vida por mantenerla o por recuperarla cuando se rompe»³.

De esto se deduce, primero, que la paz es un bien humano muy importante y, segundo, que su defensa y promoción constituyen a la vez una *tarea política* y una *tarea ética* no menos importante⁴.

Esto supuesto, no dejan de sorprender los siguientes datos, ofrecidos por la Academia de Ciencias de Noruega: «Desde el año 3.600 a. C. hasta el presente

1 Marsilio de Padua, *Defensor pacis* (Editorial Tecnos, Madrid 1989) p. 5-6.

2 *La Ciudad de Dios*, 19, 12, 1 (BAC, Madrid 1958, vol. XVI-XVII), p. 1.393.

3 Palabras del Director de la Academia General Militar de Zaragoza. *En busca de la paz* (Centro Pgnatelli, Zaragoza 1986), p. 253.

4 Todos los autores lo abordan. Santo Tomás, por ejemplo, lo estudia dentro del tratado sobre la caridad, *II-II*, q. 29.